

# San José - Pekín

(UN VIAJE A LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS)

Por ADOLFO HERRERA GARCIA

Adelante se sienta un francés joven que trabaja en Venezuela con la Royal Dutch. Va a ver a su esposa y a su hijo. En París. En la billettera lleva el retrato de ambos. Me lo muestra. Una mujer trigueña, con cara de buena. Y un chiquito como de cinco años, llena de colochos la cabeza. Ni a ella ni al hijo les gusta Venezuela, por lo que viven en París. Una vez al año, va a verlos. Si voy a París, me dice después de un rato, ya confanzado, puedo buscarlo. El me aconsejará sobre los sitios preferidos por los latinoamericanos.

—¿Los museos?

—No, chico. Ya tú sabes...

Y se sonríe con picardía, cerrando un ojo y diciendo bajito, saboreando la palabra:

—¡Mujeres!

Suspira hondamente y afirma muy convencido, como quien da el veredicto después de un largo juicio:

—¡Para mujeres, las francesas!

Me dijo que se llamaba Otelo. Sin que él me oyera, sentado como iba en el asiento de delante, me volví hacia Eduardo y le pregunté:

—¿A que no sabes con quién vamos viajando?

—No. ¿Con quién?

—¡Con Otelo!

—¿Cuál Otelo? ¿El de Shakespeare?

—No, hombre. Ese francés de delante. Se llama, sin asustarse en lo más mínimo, casi tranquilamente, Otelo, y tra, baja con la Royal Dutch en Venezuela.

Pero Otelo, pese a sus informes celestinescos, aun contra su nombre que casi lo obligaba a ser un cursi, resultó que se fijaba en ciertos detalles. Me confesó, llegando a La Habana, que en Venezuela no querían a los extranjeros.

—No lo creo —le dije.

Otelo entonces rectificó:

—No. A todos no. No quieren a los gringos, como dicen ustedes.

—¡Ah, bueno! A los gringos, en ninguna parte de América...

—A mí me confunden con un gringo y eso me molesta y me trae muchos tropiezos. Quiero decirle algo en secreto. ¿Me oye? Por aquí, por esta rendija del espaldar. ¡Oígame! Pero acérquese más, hombre. ¡En Francia tampoco los queremos!

Otelo cree que su afirmación puede acarrearle perjuicios. Por eso, para decir esa cosa tan sencilla que repite todos los días con su vida el pueblo francés, él tiene que armar una conspiración por entre las rendijas de un cuatrimotor.

Como atraviesa el Atlántico todos los años, tiene mucha

experiencia turística y nos da pequeños consejos: ese botón es para bajar el asiento a fin de estar cómodo cuando se tiene sueño. En el lavatorio hay máquina eléctrica de afeitarse. No pidan manzanas porque están muy resacas; las peras están mejor en este viaje. Pueden quitarse los zapatos para dormir; cuando se viaja es más cómodo ir descalzo. Si se les cierran los oídos bostecen; no es mala educación. La camarera se llama Mary, habla español y vive en La Haya. Vamos a 5 mil pies de altura. El año pasado daban champán en este viaje; ahora no.

Me asomé por la ventanilla. Era la noche cerrada, negra, sobre el Caribe. Nada se ve. Con la frente pegada a los vidrios, esperé, sin embargo, las primeras luces de Cuba, anunciadas por Otelo. Y al fin aparecieron de súbito, abajo, a un lado, como si una rueda de carbunclos se hubiera parado en lo hondo de una cañada sin luna ni estrellas.

A las 12.30 de la noche, estábamos volando sobre las luces minúsculas de La Habana.

Se ven las de neón, de todos colores, marcando las avenidas comerciales, pequeñitas desde arriba; y luego, las corrientes que se van raleando en los extremos, en los barrios apartados. Damos dos vueltas, perdiendo altura, sobre la ciudad iluminada de noche; y finalmente sentimos el descenso. Tocamos tierra, corremos sobre la pista y nos detenemos. Dos muchachos uniformados acercan una alta escalera a la puerta del avión, que se abre para darnos paso. ¡Es Rancho Boyeros y huele a puro fino! Nos piden la constancia de vacunación, la ven y nos franquean el paso al edificio del aeropuerto. Un reloj grande muestra la hora: 12:40 de la noche.

Los salones y pasillos del aeropuerto, arriba y abajo, están llenos de personas. La animación, el lujo y el ambiente son de un baile de gala en el club Unión, de San José. Las cubanas, redondeadas, sin aristas, están de traje largo y escotado; oímos una orquesta estruendosa con risas que se acentúan al abrirse alguna puerta; los hombres, de guayaberas, llevan clavado en la boca, como los chiquillos el chupón, un gran puro humeante y aromoso; camareros de sacos blancos atravesando los salones, hacia las mesas, con bandejas donde espumean los refrescos gaseosos y se tornasolizan los "cocktails"; mulatos paseándose por los pasillos, con lentitud, observando el puro con atención paternal; dos muchachas y un muchacho —estampas deportivas de "Carteles"— riéndose, mientras bajan de dos en dos los peldaños de la escalera blanca; aquella orquesta que no se calla nunca; la vendedora de "souvenirs", bostezando, en la ventanilla de su caseta; y otra mujer, de blanco, traje de cola, que fuma nerviosamente viendo hacia el reloj y hacia la puerta, en la incertidumbre de la cita que va a fracasar, forman el panorama de recuerdos, copiado en 45 minutos de estada en Rancho Boyeros, a media noche, bajo la luz pesada del aeropuerto.

(Continuará).